

La maqueta

Seudónimo. El fantástico hombre bala
Modalidad de relato corto

Supongo que cuando tu vida transcurre en un lugar donde el tedio es tónica habitual y apenas nada trasciende de lo cotidiano, el buscar un pasatiempo en el que dejar marchitarse las horas muertas es más un método de supervivencia que un hobby.

Yo, a mis trece años de edad, me había pasado media vida —corta, pero media, al fin y al cabo— buscando algo que me extrajera del hastío que suponía para un prepubescente, transitar por mi recién desprecintada adolescencia en un lugar como era Rincón del Glera, el pueblo que me vio nacer y en el que, junto a mi hermano Ginés, mi primo Rodolfo y Teresita, la insoportable hija del alcalde, componíamos toda la población juvenil del pueblo.

Rincón del Glera era uno de los muchos pueblos que moteaban la agreste orografía de la sierra camerana. Un lugar perdido en el mapa y en la memoria, con apenas tres centenas de habitantes, la mitad de los cuales no tenía trato alguno con la otra parte, bien fuera por rencillas atávicas de las que nadie recordaba el origen pero que se mantenían vigentes o por esas amarillentas y flacas envidias —que decía Quevedo—, en un lugar donde los vecinos de ti sabían hasta la talla del calzoncillo o los días menstruales de las mujeres, al ver tendida más ropa interior de la cuenta, en los cordeles que se combaban de ventana a ventana.

Mis padres se dedicaban al pastoreo, hecho que, aunque pueda resultar baladí, no lo era en absoluto. Al tener las merinas en el monte, pues solo las estabulaban en invierno o

si se avistaban lobos, mis padres pasaban buena parte del día fuera de casa y mi hermano y yo nos teníamos que apañar para mantener al día los estudios que cursábamos en las escuelas de Burrilla del Monte, un pueblo cercano, y para ordenar la casa y apacentar a las bestias de tiro que convivían con nosotros en la cuadra inferior, otorgándonos cierto calor en invierno y una pestilencia digna de mención durante todo el año.

Amén de las labores propias de los estudios primarios, que estaban a punto de llevarme a cursar bachillerato en la capital, y las encomiendas que mis padres nos dejaban mientras estaban fuera, bien cierto era que tanto mi hermano pequeño como yo gozábamos de unas horas de asueto que raramente empleábamos en algo que nos satisficiera plenamente. Echábamos en falta esos partidos de pelota en los frontones de las plazas que se daban en las villas de mayor tamaño o los veranos de río que tanto envidiábamos. Los sábados, dada la edad media del pueblo, no nos visitaba ninguna orquesta y de llegarse alguien hasta el escenario de la plaza, era un grupo de jotas ante el que se sentaba toda la pléyade de octogenarios con los que contaba el pueblo. Nadie hablaba de fútbol, y de hacerlo, se referían a tiempos de Garrincha y Gento. Las televisiones, que las había, aunque no en todas las casas, apenas contaban con media hora de programación infantil vespertina, por lo que, la mayor parte del tiempo, tanto Ginés como yo, lo empleábamos en vagabundear por los alrededores del pueblo o leer tebeos en la puerta de la casa, deleitándonos con un placer tan mundano, sencillo, e incluso estúpido, como mirar pasar a los coches.

Al menos así fue hasta que el abuelo murió de una de esas enfermedades sin nombre que se lleva el alma de los ancianos en silencio, mientras duermen, y al desescombrar el vertedero en el que había metamorfoseado su casa en los últimos años, descubrimos en el desván de su casona su pasatiempo favorito.

Mi abuelo era un hombre hosco, parco en palabras, que no nos había ofrendado un gesto cariñoso ni por Navidad. Con el ceño eternamente fruncido por encima del puente de la nariz, miraba con desconfianza a propios y extraños, mientras ahorrraba religiosamente cada céntimo que caía en su bolsillo, que no eran pocos, pues se empleaba desde mozo como aladrero, y suyas eran las obras de arte, demudadas en aperos de labranza u ornamentos de casonas de renombre, que se vendían, no en Rincón del Glera o la comarca donde se ubicaba la villa, sino en todos los Cameros.

Allí, entre tocones de roble, formones de todos los tamaños posibles, mobiliario descuartizado, un pretil desmontado, paletones, parihuelas, horcates, balanciles y varias revistas de contenido rijoso, que mi madre apartó de mi sorprendida mirada, como si en

la portada hubiera estado Lucifer, en lugar de una muy exuberante señorita de vestuario escaso, hallé el origen del hobby al que me abracé desde aquel preciso instante.

Sobre una mesa, recreado con depresores de madera de chopo, similares a los que usaba el galeno del pueblo para hundirnos la lengua y mirarnos las amígdalas, cortezas de roble tintadas, ramas de fresno, trozos de sarmiento y pequeñas láminas de tejo, mi abuelo había recreado de una forma bastante fiel una parte del pueblo. Exactamente, la que abarcaba desde la parroquia de San Celestino hasta el camposanto, al que le decían « el antiguo», a pesar de que en realidad no existiera uno «nuevo». Puesto que las inhumaciones desde hacía unos años se daban en Burrillas, ya que mi pueblo, por no tener, no tenía ni un rincón cercano a la urbe que no fuera de piedra encrespada, donde haber erigido un nuevo cementerio.

Sea como fuere, la representación a escala de mi pueblo me atrajo de una manera extraordinaria. A juzgar por el margen de la mesa que quedaba vacío, mi abuelo tenía pensado recrear el pueblo totalmente, ignorante de los planes que la parca tenía para él. Ni siquiera mi padre, hijo del finado, conocía su pasatiempo. Pues, cuando se puso frente a la mesa se rascó la nuca con el mismo mohín de incompreensión que si le hubieran puesto delante un libro de Saramago.

—¿Y qué coño hacemos con todos estos trastos? —masculló, sin más interés por la obra de mi abuelo que el de dejar diáfano el desván, que desde ese momento se emplearía para orear los chorizos, salchichones, pancetas y costillares, frutos de las puntuales matanzas de los meses fríos.

Yo, mirando el rincón donde se amalgamaba toda la materia prima que mi abuelo tenía dispuesta para continuar con su replica de Rincón del Glera, pregunté si me podía quedar con los materiales, a lo que mi padre asintió, siempre que me ocupara de llevar el resto a las traseras de la casa y le prendiera fuego con el resto de basura que acumulaba la casa. Que, dicho sea de paso, no era poca.

Una semana después de aquel sorprendente hallazgo, la maqueta de mi abuelo junto a todos sus viejos trastos se había reducido a cenizas en una era cercana, su casa estaba completamente diáfana y en el desván de mi propia casa ya tenía lo necesario como para iniciar mi propia maqueta del pueblo.

Yo contaba con dos aportes extras que mi abuelo no poseía a la hora de realizar la maqueta del pueblo. El primero de ellos, obviamente, era mi edad, pues a juzgar por el flanco limpio de la mesa y el cercén en el que finalizaba abruptamente su recreación, mi

abuelo no pensaba que la muerte le fuera a reclamar el aliento de improviso y su idea era concluir la maqueta del pueblo. Y la otra, y más importante aún, era mi desorbitada imaginación.

No poseía, evidentemente, la destreza de mi abuelo, acostumbrado a la caricia de tocones de boj y tueros de encina, amén de tener unos doctos conocimientos sobre relieves y proporciones, siempre necesarios a la hora de abordar una empresa como la construcción de una réplica del pueblo. Pero, era eso precisamente, lo que yo no quería hacer con mi propia representación.

Desde que tuve uso de razón como para comprender qué tipo de vida me había tocado en suerte y cómo de opresivo era el pequeño pueblo en el que transcurriría mi vida hasta que tuviera edad para abandonarlo, supe que, de estar en mi mano, haría todo lo posible para que la vida insidiosa y llena de dimes y diretes de la villa, variara completamente. Y, aunque fuera de una forma tan «infantil» e inofensiva, como con la creación de una maqueta, al fin me encontraba en disposición de voltear como un calcetín la vida y rutinas de Rincón del Glera.

Puede que fuera por mi corta edad o por mi inabordable deseo de abirme al mundo que la vida en el pueblo me coartaba, pero si algo no había comprendido jamás de una localidad como la mía, era que, en un lugar tan pequeño, donde la convivencia vecinal resultaba imprescindible para alcanzar una armonía perfecta, que hiciera más liviano el día a día, la ponzoña y el rencor medrasen con más velocidad que la de las enredaderas y el musgo que cubría la pared norte de la parroquia de San Celestino. Viejas rencillas familiares que habían convertido el pueblo en un hervidero de rumores, imprecaciones demudadas en bisbiseos biliosos, dedos acusadores y ceños plisados.

Si mi maqueta podía remediar eso, aunque solo fuera en el breve espacio que abarcase mi representación a escala del pueblo, así sería.

Antes de comenzar dediqué unos minutos a cavilar sobre cuál de los muchos desacuerdos del pueblo anhelaba remediar primero en mi pequeña villa. Lo cierto es que tenía donde elegir. Los Montoya y los Viñales no se trataban desde hacía tres generaciones, gracias a una disputa que nadie recordaba por unos terrenos que ni Dios sabía dónde paraban. La taberna de la calle Roncales seguía cerrada desde hacía una década, después de que Guillermo y Saúl, gemelos idénticos hasta en su mala leche, discutieran por el negocio familiar y ninguno quisiera dar el brazo a torcer, por una

reforma que uno de ellos, quién sabe quién, quería hacer en la añosa cantina. Los Vallilengua, siempre en perpetua riña con Doroteo, que ataba a su burra de forma perenne en la alberca de la plaza del consistorio y que no hacía sino arrear coces a todo aquel que pretendiera tomar agua del caño de la fuente que caía sobre la alberca de piedra. Incluso los míos tenían sus propias rencillas y se habían enemistado con algunos parientes, por unos pagos que se le adeudaban, siempre supuestamente, a mi abuelo.

Lo dicho, a pesar del carácter minúsculo de mi pueblo, había todo tipo de desavenencias donde elegir.

Y aunque algunas resultaban ancestrales, otras me tocaban de cerca y algunas eran famosas más allá del pueblo, cuando me remangué para comenzar a recrear mi maqueta, me empeñé en corregir la historia de Camila y Bernardo, dos novios, de esos que se les dice «de los de toda la vida», que discutieron un mes antes de las nupcias, y desde entonces no se dirigían la palabra. Treinta años habían pasado desde la no celebrada boda, y ambos habían mudado en dos solteros cincuentones, que caminaban por la calle envueltos en azufre y con la cara enrojecida por la furia y saberse centro de comentarios que dudaban sobre la hombría de Bernardo por una parte, y la feminidad de Camila, por otra, cuando, en realidad, la fuente de la separación fue la intención por parte de Camila, de llevarse a su madre —viuda desde los treinta— a vivir con ambos, en cuanto ella y Bernardo fueran marido y mujer. Hecho que hizo enfurecer a Bernardo, decepcionarse a Camila, y a don Celedón, el antiguo párroco de Rincón del Glera, beberse hasta la última gota del vino que se había preparado para el convite posterior a la ceremonia.

Siempre que veía pasear a uno de los dos, la soledad que desprendían me abatía por completo. No eran malas personas. En cierto modo, incluso parecían simpáticos, aunque hubieran dejado que la apatía arraigara en ellos, como la mala hierba se hace fuerte en las tierras en barbecho.

Así, con la torpeza propia del principiante, pero con su mismo entusiasmo, me dispuse a edificar la casa de uno y otro, que quedaban, cómo no, en márgenes opuestos del pueblo. Pero no lo hice tal y como dictaba la realidad. De una manera tosca e irregular, construí las dos casas como si fuera una sola; con una entrada doble ubicada entre la coyuntura de ambas edificaciones. Y para rematar lo insólito de mi obra, con los depresores que me había llevado de casa de mi abuelo, realicé dos asexuados y simples muñecos, en los que inscribí con un rotulador grueso las iniciales de cada uno.

Por lo que, después de mis tres primeros días de trabajo en la maqueta, mi incipiente obra se limitaba a sendas viviendas adheridas por una de las paredes, con una pareja de depresores con ciertas reminiscencias antropomorfas y las letras C y B escritas en cada uno de ellos.

Cuál fue mi sorpresa cuando, al día siguiente, temprano, cuando me llegaba hasta la panadería de Rosita, crucé frente a la plaza de la parroquia y ahí estaba la misma casa que yo había creado en mi maqueta. ¡No solo eso! En la puerta, Camila despedía a Bernardo con un púdico beso en los labios, mientras él, azada en ristre, salía hacia sus quehaceres labriegos.

No daba crédito.

Además, todos los vecinos que por allí pasaban actuaban con la naturalidad que concede la costumbre, como si siempre la realidad dictada fuera la que allí se mostraba y no la que se había dado hasta el día anterior. O, más exactamente, hasta que yo había decidido variarla completamente, recreando en mi maqueta lo que yo pensaba que debía haberse dado entre Bernardo y Camila.

Orgulloso y ufano, a la par que confuso, regresé a casa corriendo, con la barra de pan hecha trizas, después de golpearla con cada requiebro que me encontraba por las calles. Fuera cual fuese la magia que se había dado para que uno de los mayores quebrantos del pueblo se hubiera solucionado de aquel modo, no pensaba dejar que fuera el único en darse. En Rincón del Glera había demasiados enconos como para dejar que la ojeriza siguiera prosperando entre familias a su antojo, teniendo, como parecía tener, la habilidad mágica para deformar a mi antojo la realidad.

Mi siguiente acción fue formar con depresores algo mínimamente semejante a un borrico y dejarlo prendido al pretil de la antigua casa de curas, que forme con unas planchas de madera de nogal y un tejadillo hecho a base de sarmientos cubiertos con hojas secas. Un edificio a todas luces austero, que poco parecido tenía con la realidad pero que, tal y como había sucedido con la casa de Bernardo y Camila, cumplió su cometido.

Al día siguiente, cuando desperté y corrí hacia la calle Vozmediano, donde se ubicaba la olvidada casa de curas, allí estaba la burra de Doroteo, atada al pasamanos, mientras su dueño conversaba amistosamente con Rogelia, la matriarca de los Vallilengua. En menos de una semana, la magia de mi maqueta había solventado dos de los entuertos que ninguna

de las intervenciones de terceros habían logrado atemperar desde hacía tantos años que no se recordaba nada anterior.

Algunas veces, mientras me encontraba ensimismado en la construcción de mi maqueta, mi hermano pequeño entraba en la habitación y trataba de coger alguna de las piezas ya fabricadas y ubicadas en el pueblo, creyendo que se trataba de un juguete como otro cualquiera. Cuando eso ocurría y temiendo que el hechizo pudiera quebrarse si unas manos profanas osaban siquiera acariciar mi proyecto de nueva realidad para el pueblo, estallaba enfurecido. Por lo que, según le veía aparecer por el cuarto, lo echaba a empellones, encomendándole a la lectura de las historias de Carpanta, el botones Sacarino o Mortadelo y Filemón. Esos tebeos que antes de la creación de la maqueta creía sagrados y que no le dejaba tocar bajo ningún concepto, y que habían pasado a un segundo plano desde que había emprendido mi misión de paz.

Los siguientes pasos de mi maqueta fueron de ámbito familiar, pues hice reinar la concordia entre todos los parientes de mis padres que, por una u otra razón, habían perdido contacto con nosotros. Reunificación que se produjo entre vinos, chanza y buenos bocados, en la taberna de la calle Roncales, que Guillermo y Saúl, los hermanos Somoza, habían reabierto como si, en realidad, nunca se hubiera cerrado.

Incluso, aquel día, mientras mis allegados bebían buen vino y probaban aún mejores bocados, se llegaron hasta la cantina algunos de los Montoya, abrazados a otros tantos de los Viñales, que habían acordado unir negocios, ya que unos tenían frondosas choperas y los Montoya una moderna serrería, decidiendo rubricar el pacto con unos tragos en la taberna de los Somoza.

Feliz como nadie pudiera llegar a sentirse con una plenitud mundana, ya tenía media maqueta completa y proyectaba, no solo remediar toda la gangrena en forma de rencillas que dividía el pueblo, sino aumentar el tamaño de este, incorporando nuevas casas, vecinos llegados de todas las partes de España, que diversificaran al pueblo y amalgamaran acentos y dejes foráneos con el de los oriundos. Tan solo en pensar cómo podía cambiar, a mi antojo, el devenir del pueblo que hasta hacía unas fechas sufría una agorera sentencia de despoblación, me excitaba.

Sin embargo, unas voces en la calle un día tras la siesta, en la que Vicente, uno de los hijos de los Viñales, reñía con Sandro Montoya, quebraron la paz del pueblo y me

anegaron de incomprensión. ¿Qué podía haber pasado, después de que mi maqueta hubiera puesto paz y orden en todo el pueblo?

Me eché a la calle, aún desperezándome de una siesta que no había sido precisamente «de llave», que decía mi abuela de las siestas cortas, y me llevé las manos a la cabeza a medida que recorría las calles de Rincón del Glera.

La taberna, no solo volvía a estar cerrada, sino que había sido derruida, y los dos hermanos discutían en mitad de la calle. Camila y Bernardo se cruzaban sin mirarse a la cara, y la batalla entre los Montoya y los Viñales sumaba adeptos de uno y otro bando, corriendo el riesgo de que lo que parecía una rencilla a bases de insultos e inculpaciones, acabara metamorfoseando en una trifulca, de esas que concluían con ojos morados, camisas rasgadas y dientes entre los adoquines del suelo.

Confuso, regresé corriendo a casa y acudí raudo a la maqueta, comprendiendo de inmediato lo que había sucedido, en el preciso momento en que crucé la puerta.

Allí estaba el culpable de todo y no mostraba gesto alguno de arrepentimiento, sino una sonrisa ufana y desdentada, como la que, sin lugar a dudas, en aquel preciso momento ya luciría alguno de los Montoya y los Viñales, o puede que incluso los dos hermanos Somoza.

Mi hermano, ese al que había descuidado en tantas ocasiones desde que inaugurara mi revelador y mágico pasatiempo, en el preciso momento en que había tenido la oportunidad, enfebrecido por el rencor a esa maqueta que le había robado a su hermano, que era con quien pasaba la mayor parte del tiempo, la había tomado con aquella tosca, pero mágica recreación del pueblo.

Las casas volvían a estar separadas, la taberna de la calle Roncales tenía el tejado hundido y las paredes combadas, los troncos que había colocado sobre la serrería, para mostrar la unión empresarial de las dos familias, habían salido volando hasta la ventana del altillo y sobre las calles, muchos de los depesores con los que había fantaseado a cada uno de los habitantes del pueblo, habían sido hecho pedazos.

Al parecer, mi hermano, celoso como estaba y triste, por haber perdido mi compañía, cedida en exclusividad a la creación de la maqueta, se había subido sobre la mesa en la que se encontraba dispuesta, empleándose a patadas con todos y cada uno de los elementos ahí recreados.

No pude recriminárselo. Además, viendo cómo había terminado todo y el revuelo que aún llegaba del exterior, con el pueblo convertido en un hervidero de rencillas y cuentas

pendientes a punto de saldarse, me convencí de que jugar a ser Dios solo está en manos de cada uno y solo con su propio destino. ¿Quién era yo para concretar lo que otros habían decidido desordenar? Eché el brazo por encima de los hombros de mi hermano, y me ofrecí a acompañarle al risco del monte de los Siete Cristos, desde el que se oteaba toda la comarca y adonde le gustaba ir, para capturar lagartijas que luego liberaba en el corral, como salvaje alimento de las gallinas.

En unos días la vida en el pueblo volvió a la normalidad, si es que el día a día en un pueblo pequeño puede denominarse de tal modo. A veces escuchaba a alguien hablar de un mal sueño, en el que había imaginado que se llevaba bien con tal o cual enemigo, o que hubiera jurado que la taberna de la calle Roncales estaba abierta y que los hermanos la regían entre chascarrillos y alegría. Incluso había quien preguntaba, no sin poco estupor, si se sabía algo sobre que Bernardo y Casilda se estuvieran «entendiendo». Sea como fuere, no pasaron de ser rumores y dudas sobre la realidad o fantasía de esos hechos, que parecían arrastrados de unos sueños demasiado reales como para que se hubieran limitado a acaecer en las horas de los párpados caídos. Al poco, todos se preocuparon de lo de siempre, de lo suyo, y dejaron de preguntarse cosas que parecían más propias de los libros de ciencia ficción que de la realidad del pueblo.

Tan solo hubo una cosa para la que nadie, salvo yo y mi hermano, que fue quien acertó con el puntapié, tuvo jamás respuesta. Y nosotros, por supuesto, no íbamos a arrojar luz sobre la gran pregunta que se extendió por el pueblo como rumor en boca de chismoso, y no era otra que saber cómo diantres había ido a parar la burra de Doroteo al balcón del ayuntamiento, donde su dueño la encontró cuando regresó a por ella, a la alberca de costumbre.